

mas bondades y á las pruebas de amor que nos ha dado, principalmente en la institucion del Santísimo Sacramento del Altar, entregadle todo vuestro corazón, y tanto al recibirle en vuestros pechos, como al verle en el templo ó fuera de él, dirigidle vuestra voz, diciéndole con los veinticuatro ancianos del Apocalipsi y los innumerables espíritus que circundan su trono: Digno, sois, Señor, de recibir la gloria, la virtud, el poder y las alabanzas de todas las criaturas. ¡Loor eterno! bendicion, magnificencia, honor inmortal al Cordero que vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

PARA EL JUEVES SANTO POR LA TARDE.

MANDATO.

Jesucristo lavando los pies á los discípulos, nos enseña cómo debemos practicar la caridad fraterna, hasta con nuestros mismos enemigos.

Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis.

Ejemplo os he dado, para que al modo que yo lo he hecho con vosotros, tambien vosotros lo hagais.

Joan. cap. XIII, v. 15.

Señores: ¿Habeis observado la ceremonia que acaba de practicar ese venerable ministro de Jesucristo? ¿Le habeis visto postrado delante de esos hombres lavándoles los piés, enjugándoselos con una toalla y besándoselos amorosamente? Pues no es mas que una repeticion de lo que hizo el Salvador con sus discípulos, antes de separarse de ellos para empezar á andar el camino áspero de su pasion.

Acabada la cena legal, levantóse el Señor de la

mesa, despojóse de sus vestiduras, y tomando una toalla se la ciñó: echó despues agua en una vacía y comenzó á lavar los piés de los discípulos, y á limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido; y llegando á Pedro, éste le dijo: «Señor, ¿tú me lavas á mí los piés?» Palabras que el padre San Agustin entiende de este modo: ¡Señor, Vos que sois el Hijo único de Dios vivo, y el Señor y dueño de todo el mundo, Vos me lavareis á mí los pies, que soy un gran pecador y una hormiga de la tierra! A lo cual respondió el Señor, diciéndole: «Lo que yo hago, no lo sabes tú ahora, mas lo sabrás despues.» Pedro le dice: «no me lavarás los piés jamás.» Jesus le respondió: «si no te lavare, no tendrás parte conmigo.» Entonces Pedro le dice: «Señor, no solamente los piés sino las manos y la cabeza.» «El que está lavado, dice el Señor, no necesita sino lavar los pies, pues está todo limpio, y vosotros limpios estais, mas no todos,» porque sabia quién era el que le habia de entregar; por esto dijo: «no todos estais limpios.» Y despues que les hubo lavado los piés y tomado sus ropas, volviéndose á sentar á la mesa, les dijo: «¿Sabeis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor, y bien decís, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los piés, vosotros tambien debéis lavaros los pies los unos á los otros; porque ejemplo os he dado, para que como yo he hecho á vosotros, vosotros tambien lo hagais.»

Tal es, mis señores, el testo del Evangelio que se ha cantado, y que dá materia abundante no para una, sino para muchas instrucciones. No creais que envidio hoy la elocuencia y buen decir de los grandes oradores, ni sus arranques oratorios adornados con las

bellezas retóricas, porque el asunto que nos ocupa, todo respira amor, y su sola narracion tan sublime al par que sencilla, es suficiente para arrebatar el alma á altos grados de caridad. Un Dios Santo y Omnipotente postrado á los piés de unas miserables criaturas á las que lava los piés, es un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres.

¿Qué dice este pasaje evangélico á vuestro corazón? ¿A qué os sentís movidos á la vista de un Dios enagenado de amor á los piés no solamente de los fieles discípulos, sino tambien á los del ingrato y pérfido Judas? ¡Ah! Que ciertamente conoceréis que el ejemplo del Salvador, confunde vuestra soberbia, y os mueve á detestarla y á practicar la caridad fraterna. Para nuestra instruccion y ejemplo, efectuó Jesus este acto tan humilde, y por eso se dirige despues á los discípulos y en ellos á todos nosotros diciendo: Ejemplo os he dado: para que como yo lo he hecho con vosotros, tambien vosotros lo hagais. *Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis.* Llámase la ceremonia del lavatorio el Mandato, porque esta caridad fraterna que Jesucristo nos ordena es un mandamiento nuevo, como dice el mismo Señor: *Mandatum novum do vobis: ut diligatis invicem, sicut dilexi vos.*

Deseando, pues, que entreis en el espíritu de la Iglesia en esta ceremonia, voy á haceros ver que Jesucristo lavando los piés á sus discípulos, nos enseña cómo debemos practicar la caridad fraterna, hasta con nuestros mismos enemigos.

Redentor amorosísimo de nuestras almas; para que yo pueda dispensar vuestro ministerio al pueblo fiel que me escucha, dad á mi entendimiento ideas edificantes y á mi corazón tiernos afectos. Haced, Señor,

que no olvidando nosotros el ejemplo que hoy nos dais, obremos en adelante en caridad, cumpliendo así vuestra santísima voluntad. Os lo pedimos por los ruegos é intercesion de la Reina de los mártires, María Santísima, señora nuestra, á la cual con la mayor devocion y confianza saludamos diciéndole con el ángel: *Ave Maria.*

PARTE ÚNICA.

Jesus estaba rodeado de peligros: Jerusalem alborotada deseaba quitarle la vida; el traidor Judas tenia ya ajustada su venta, y nada de esto era oculto al que por su omnisciencia todo le es presente. *Sciens Jesus...* Cenaba el Salvador con sus apóstoles en la sala principal del Cenáculo, y allí fué dividido el Cordero Pascual, y repartidos sus trozos entre los Apóstoles por el mismo Jesucristo; y concluida la cena tuvo efecto la accion amorosísima y humilde del lavatorio, al modo que hemos referido en el exordio.

Señores, permitidme que para desahogar los afectos de mi corazon haga algunas reflexiones sobre el amor de Jesucristo en favor de la humanidad. Y desde luego, no arrebataria tanto mi admiracion, aunque siempre seria una prueba incontestable de su amor, el ver á Jesucristo ceñido con la toalla y lavando los piés á los apóstoles en tiempos mas bonancibles, cuando aun no se habia levantado el furioso huracan de las persecuciones, que vino á estrellarse sobre su santísima humanidad; pero no puedo menos de confundirme al observar los momentos en que lo efectúa: dentro de poco va á ser entregado en manos de sus implacables enemigos con un ósculo de falsa paz, dado por uno

de aquellos mismos apóstoles que habian sido testigos de su doctrina y admiradores de sus prodigios, por uno de aquellos que el mansísimo Cordero de Judá habia elegido para propagadores de su Evangelio y dispensadores de sus ministerios: ve próxima la hora en que ha de empezar una cadena de tormentos y aflicciones que empezando en el huerto de las Olivas no ha de concluir hasta el Calvario: entonces es cuando se propone dar á los hombres las mayores pruebas de su caridad para con ellos. Ya los ha alimentado con la carne del santísimo Cordero, con su mismo cuerpo y su misma sangre, y no hallándose aun satisfecho su amor, póstrase ante ellos para lavarles los piés, y esta caridad que usa con sus apóstoles quiere que nosotros la practiquemos, y por esto nos dice en seguida: Ejemplo os he dado, para que al modo que yo lo he hecho con vosotros, tambien vosotros lo hagais. *Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis.* Mandato solemne del que no pueden desentenderse los cristianos, sin incurrir en rebeldía contra la voluntad de Dios, Supremo Legislador de las naciones. No quiso que en los tiempos futuros se creyese que esto no pasaba de un consejo, cuya observancia no fuese obligatoria, y por esto concluye diciendo: Un mandamiento nuevo os doy, que os ameís los unos á los otros, como yo os he amado. *Mandatum novum do vobis: ut diligatis invicem, sicut dilexi vos.*

Observado que fuera este precepto por todos los hombres, ¡qué cuadro tan hermoso presentaria la sociedad! Unidos todos por los vínculos de la caridad, no habria enemigos, ni se conoceria el fraude, la mala fé, el robo ni ninguna clase de delitos: todos procurariamos el bien de nuestros semejantes; evitariamos

la ruina del prójimo, y contribuiríamos á remediar todas las necesidades: no necesitaríamos tomar precauciones para la seguridad de los bienes que el Señor nos concede, y allí donde se oyera el lamento ó se advirtiera la afliccion, mil manos bienhechoras deramarian el consuelo.

Cuantos males y desgracias, cuantos crímenes y delitos ennegrecen el cuadro social, todos provienen de la falta de caridad fraterna. Vosotros deseais cumplir el mandato del Salvador que fué como una cláusula de su último testamento, y decís, amaré á mi prójimo. ¿Y sabeis por ventura quien es vuestro prójimo? Porque os seria perjudicial á la salud de vuestras almas el hacer distinciones en este punto. ¿Veis ese monarca que bajo la autoridad de su cetro dispone de la voluntad de millones de vasallos? Ese es vuestro prójimo. ¿Observais aquel infeliz reducido á la mayor miseria, que carece de un bocado de pan, que se recoje bajo el rústico y movedizo techo de una cabaña, y cuyas carnes cubren míseros harapos? Ese es vuestro prójimo. ¿Veis aquel varon útil á la sociedad, por la sabiduría que Dios le ha concedido? Es vuestro prójimo, y lo es tambien aquel pobre ignorante, fátuo, cuya simplicidad provoca la risa de los que le oyen. El que ocupa grandes y elevados puestos como el infeliz mendigo, el bueno y el malo, todos tienen derecho á nuestro amor porque todos son nuestros prójimos. El precepto de amor á nuestros prójimos está tan enlazado al del amor de Dios que no se pueden separar. Una prueba tan clara como sencilla os hará conocer esta verdad. ¿Quién es el legislador de la ley de la caridad fraterna? Jesucristo que es Dios. *Mandatum novum do vobis*. Si faltamos á

este precepto somos desobedientes á Dios. ¿Y podremos decir que le amamos, si así hollamos sus preceptos?

Y no veo en verdad cosa mas justa ni razonable que el amor al prójimo: siempre es una cosa que llama la atencion y se afea con justa razon en la sociedad, cuando dos hermanos, hijos de unos mismos padres, viven en enemistad, ó tal vez viéndose, uno en prosperidad, nada hace en favor del otro que se halla reducido á la indigencia. Y si esto es siempre reprehensible á nuestros ojos ¿cuánto mas lo será á los de Dios la falta de caridad fraterna, siendo así que todos los hombres somos hermanos, hijos de un mismo padre que es Dios, que por él nos conservamos, nos movemos y somos? ¿Cómo mirará con ojos indiferentes el ódio que se profesan unos á otros? Me asusta en verdad, el pensar en la suerte futura de esos hombres soberbios, que engreidos con su posicion social, sus bienes de fortuna, ó sus antiguos y conservados pergaminos, desprecian, persiguen y avasallan á otros que no están colocados en tan elevada escala. ¡Miserables! Si temblais ante su presencia porque son grandes, preguntadles por su origen y si son formados de otra masa mas perfecta que la vuestra. ¡Mas ay! que son como los demas hijos de Adan, corrompidos en su origen y como todos, sujetos á las mismas miserias, enfermedades y aflicciones que nosotros: dará Dios un soplo á todo ese aparato de grandeza, y la vereis desaparecer como el sonido de la campana que se pierde en el espacio. Hombres orgullosos y que no teneis caridad, sabed que el mas infeliz tiene derecho á que no os burleis de su miseria, á que le ampareis y defendais: el que veis mas pobre es vuestro her-